



LA MEMORIA DE LAS COSAS

JULIO CÉSAR
LONDOÑO

La música, el cine, la conversación, la historia, los árboles, los caminos, las montañas, el bumerán, la elasticidad, las estelas de los barcos y la persistencia de las percepciones tienen algo en común.

La conciencia no se puede concebir sin esa facultad mental que llamamos memoria. Incluso actos tan elementales como leer y conversar, por ejemplo, son impensables sin su concurso. Sin la memoria no habría antes ni después, dudas ni certezas; viviríamos en el puro instante; el alma sería una brizna de fonema, y la conciencia una interjección.

¿Cómo recordamos un estremecimiento de la infancia, la intensidad de un dolor ya superado, el tono preciso del color del cabello de esa muchacha a las nueve de la mañana? Cuando queremos evocar una canción, una entre la colección de nuestra neuroteca, ¿cómo echamos a andar sin diales ni botones la pista precisa, o solo un “pedacito”, el pegajoso compás aquel que nadie puede olvidar? ¿Cuántas clases de “caminados” puede registrar el cerebro? ¿Qué tenue matiz de su vanidosa cadencia nos permite distinguir, aunque solo veamos sus espaldas, aunque luzcan trajes nuevos —desconocidos para nosotros—, aunque ambas sean igual de altas e igual de esbeltas, el coqueto caminao de Maritza del tumbao rumbero de Gloria? ¿Cómo hiberna en la memoria durante lustros o decenios, exacto y fragante, un olor determinado? Lo ignoramos, y quizá sea mejor así.

Erosión y desarraigo

También hay memoria en las cosas inanimadas. La montaña permanece y es digna de su nombre porque no olvida su forma; si lo hiciera ya no sería montaña, se convertiría en meseta o colina, en valle o alud. Salvo pequeños olvidos, que los geólogos llaman erosiones, las montañas conservan su forma. Otro tanto ocurre con los ríos, los mares, los continentes.

Los caminos son también trazos del recuerdo. Entre el bosque, la montaña o la manigua, un hombre aprende a seguir siempre una ruta que al principio solo está trazada en su mente. Luego —baquiano— la enseña a otros hombres, cuyos pasos forman un camino que la vegetación aprende a respetar. Luego unas máquinas ensanchan el sendero y otras máquinas lo alisan y lo vuelven estéril. Es la carretera, memoria del paso de los hombres. (A veces las cosas suceden de otra manera. Los que se han arriesgado en la selva saben de caminos abiertos a machete que se van cerrando a sus espaldas como por hechizo, de manera que cuando regresan no los encuentran. Los caminos son, entonces, el resultado del combate entre dos memorias, la vegetal y la animal, donde triunfa la que tenga mayor voluntad de persistir).

El rastro de los barcos es bello y efímero. Tiene nombre de mujer, estela. Es más poderosa la voluntad del mar, que pronto los borra. (Una amiga me asegura que la culpa de que la estela sea fugaz es de los marineros, que son gente desarraigada).

Los acetatos musicales tenían una memoria fidelísima, eterna, creíamos, empañada solo por olvidos breves y delgados llamados rayones. Los discos de los computadores pueden aprender en segundos un libro completo y recordarlo para siempre con sus comas, tildes y espacios, sin que esto les impida memorizar,

por el camino, muchos programas, libros, sonidos e imágenes más. Este tipo de memoria, que podemos llamar bárbara o magnética, es casi tan antigua como el hombre. Las piedritas biunívocas que recordaban al pastor el número de sus ovejas, o las muescas en el arco del cazador, que no olvidaban el número de piezas derribadas, eran máquinas memoriosas. Los equipos, cuerdas con nudos en las que el inca y el chino anotaban sus cuentas, eran, a la vez que un antiquísimo sistema de escritura, hilos con memoria.

La entereza de un muñeco

Los materiales elásticos nos brindan demostraciones espectaculares de un tipo de memoria exacta y vistosa. Coja usted un muñeco de caucho, golpéelo, aprisionélo, estírelo, sométalo a cuanto oprobio y deformación se le ocurran, y luego suéltelo. En una fracción de segundo, o menos, el muñeco recobrará su forma animado por el ímpetu de una fuerza restauradora directamente proporcional a la magnitud del oprobio: $F = -kx$, siendo x el oprobio, o la *elongación* para usar el término físico, y k una constante que depende del material en cuestión. Esto significa que mientras estuvo estirado, reducido, golpeado, no olvidó su forma. Ya quisiéramos los mortales gozar de una entereza semejante. (En los laboratorios de la Rolls Royce se experimenta bajo celoso secreto el Metaplas, una sustancia que resiste el calor que generan los motores de combustión tan bien como una lámina metálica, pero dotada de una flexibilidad que permitiría que



las abolladuras no muy profundas se repararan solas en cuestión de minutos).

Claro que el plástico no está libre de amnesia. Los excesos que resiste tienen un límite; traspasado este, se “fatiga” y olvida su forma para siempre; un poco más, y se rompe. La fatiga del material (mal del que no está exento ningún sólido) puede producirse por la aplicación de una fuerza excesiva, o por la aplicación reiterada de fuerzas moderadas.

La plástica memoria de los libros

Los lectores conocen un ejemplo de esto. Cuando se abre un libro, la goma y los hilos que unen los cuadernillos en el lomo se estiran de manera elástica, y recobran su forma cuando se cierra; es decir, el libro recuerda su estado original —cerrado—, lo que equivale a decir que olvida la página en que estuvo abierto por última vez —de aquí que usemos el dedo o un marcapáginas, o doblemos, indolentes, la esquina de la hoja—. Pero sucede que a veces olvidamos marcar la página, cerramos el libro, lo ponemos por ahí, y cuando lo retomamos y abrimos al azar para buscar la página en que lo dejamos, nos sorprende notar que lo hemos abierto en la página exacta en que lo habíamos dejado. Esto sucede con tanta frecuencia que tenemos que descartar las coincidencias y acudir a la física: el libro fue abierto en un ángulo excesivo, o permaneció abierto demasiado tiempo, sufriendo una deformación permanente, que será su nueva memoria.

La música es también de origen elástico puesto que todo sonido es vibración y la música es sonido armónico (la armonía, ya

lo explicó Novalis, es el tono de los tonos). El sonido se produce cuando algo (cuerda, cuero, metal, madera o columnas de aire) vibra. Y si lo hace es porque su naturaleza es elástica, es decir, memoriosa. La música es, pues, una feliz consecuencia de la inteligencia de la materia.

Átomos vegetales

Pero el ejemplo más pasmoso de esta inteligencia lo constituyen las semillas. Esas pequeñas cápsulas, como átomos vegetales, pueden recordar por siglos innumerables características de la especie. En una semilla de mango, demos por caso, están ya el tamaño potencial del árbol, las rugosidades del tronco, el secreto color de sus anillos, la envergadura de sus ramas, la manía arborescente de sus bifurcaciones, la forma de las hojas, los detalles de sus nervaduras, la gracia futura de cada flor, el tamaño, el peso, el aroma y el sabor de cada fruto, el número de sus fibras. No me sorprendería que un botánico, aguzando el oído, percibiera en la oscura cavidad de la semilla una vieja nostalgia de pájaros, un afán de trinos y, por ende, un proyecto de horqueta hospitalaria para un nido ya entrevisto.

Los ingenieros genéticos no se cansan de asombrarnos. Ahora piensan clonar unas células de un mamut hallado en las heladas estepas siberianas, y echar a andar el anacrónico animal. Si esto se logra, significa que durante miles de años esas células han guardado fielmente, insomnes y precisas, las características de este prehistórico abuelo de los elefantes. De modo que no se extrañe si mañana su hijo llega llorando a contarle que una bandada de





pterodáctilos le acaba de robar su cometa. En lugar de prohibirle la lectura de *Calvin y Hobbes*, límitese a comprarle una nueva.

Puentes sobre el tiempo

Para cazar aves, los aborígenes de Australia usan un arma prodigiosa. Es un ángulo recto de madera pesada cuyos brazos miden entre cuarenta y sesenta centímetros. El cetrero artificial es arrojado, rotando, hacia la presa (un poco más adelante, para ser exactos). Si se marra el tiro, el bumerán recuerda el camino de regreso a la mano del cazador y torna con una mansedumbre de halcón derrotado. Si acierta se desorienta y, como embriagado de felicidad, pierde su rotativa memoria y ya no encuentra el camino de regreso.

La visión, la más estimada de las percepciones, es también una forma de recuerdo. Se produce cuando un estímulo luminoso —árbol, pájaro o mujer— atraviesa el cristalino y estimula los conos y los bastones de la retina haciéndolos vibrar por lo menos durante 1/10 de segundo. Para entonces quizá el pájaro ya no esté ahí pero la retina lo recuerda, vibrando, y por eso lo vemos. —Si el estímulo es muy débil, por la lejanía o por la velocidad, el objeto se vuelve invisible; o indeterminado, como sucede con esas sombras que apenas adivinamos con el rabillo del ojo sin alcanzar a determinar qué son exactamente—. Este recuerdo es también el responsable de que podamos apreciar ese milagro de nuestro tiempo, el cine, porque es gracias a la persistencia de las imágenes en la retina que la proyección de una serie de fotogramas estáticos y discontinuos

produce en el espectador ilusión de movimiento y continuidad.

Aunque sea difícil demostrarlo, es razonable pensar que el movimiento y la continuidad que creemos advertir en la historia, en la vida, en el universo o en esa engreída entelequia que llamamos el Yo, los debemos también a un ejercicio de la memoria, a los desvelos de los eruditos, a los libros —que son como puentes sobre el tiempo—, a la persistencia de los muros, a los afanes de la fe, al acopio de las tradiciones o, cuando todo falla, a la insomne memoria de alguna divinidad. ■

.....
Julio César Londoño (Colombia)

Ensayista y narrador colombiano. Columnista de *El País* y *El Espectador*. Finalista del premio Planeta de novela, Madrid-Bogotá. Premio Simón Bolívar, crítica literaria, Bogotá. Premio Plural de ensayo, México. Premio Juan Rulfo de cuento, París. “Aunque he fracasado con esmero en varios géneros y quehaceres, agradezco la circunstancia fortuita de ser esa cosa exótica, pedante y casi feliz, un hombre de letras”.